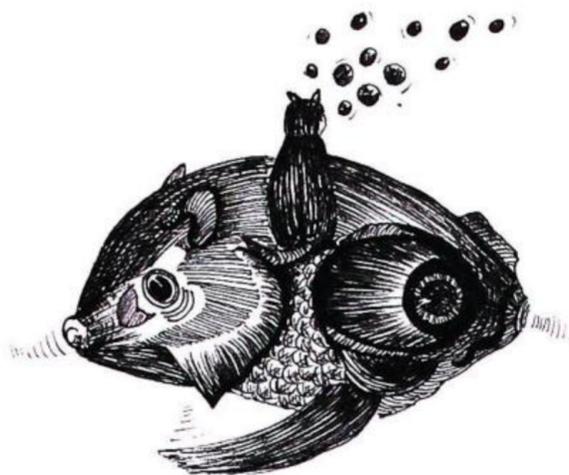


cuento lo integran siete) en que el protagonista Arturo Posada le habla a un convidado de piedra y “amigo” llamado Aguirre para quejarse de que su novia solo lo quiere porque le recuerda a otro y para comunicarle al final quién resultó ser ese otro, a quien habían asesinado, por robarlo, unos años atrás, siendo, claro, amante de Elena, la actual novia de Arturo. Otros *sketches* narrativos breves desarrollan de manera más concentrada este motivo del desencanto/hastío, al menos de manera más discreta, acaso porque procede de una soledad sitiada y porque la resignación de sus personajes ha determinado “respetar” (muy entre comillas) la soledad y la mezquindad del otro, mezquindad que en todo caso es un dogma, probado por la propia desolación; me refiero a los textos “La fiebre en Tolú”, “En medio del camino de la vida” (Alighieri, a sus 33, nunca estuvo más aburrido observado por una mujer aún más aburrida), “El amanecer de un marido”, “Volver” (otro retorno a Italia) y “Mientras tanto”, que si bien no representa el discurso de un “amante” compungido, sí es el monólogo histérico de quien quiere pasar de la voz alta a la escritura (¿cuándo pasará?) para que quede constancia de lo obvio, o de lo que según él es obvio viviendo en un país como éste, “enfermo de odio”: que tarde o temprano vendrán a llevárselo, a masacrarlo, a torturarlo, a desaparecerlo, a volverlo mierda y a matarlo. ¿Para qué escribirlo? “Para nada, para dejarlo por escrito, para que en otras partes se sepa que este sitio maravilloso de la Tierra está habitado por personas inmundas [se nota el contagio] que ya perdieron toda compasión, que lo único que quieren es matar, matar, que viven como en una corrida y todos se creen toreros y todos los demás somos toros [...]” (pág. 224). La gran pregunta es qué tantos somos “los demás” y por qué estamos condenados a lamentarnos, y a que sean “los otros” los que den la imagen, los que hagan conocer la verdad. ¿Quién o quiénes escriben o histerizan este cuento? ¿Los demás o los otros?



Porque el tema crítico de estas exaltaciones incontinentes del discurso del “hombre común” es justamente el otro. Todos se quejan de un otro o unos otros que no han sabido hacerlos felices, que han sido crueles y egoístas, solo poco a poco reconociendo que ellos mismos otro tanto... Así que al final... Bueno, el final hay que hacerlo sobrevenir a la fuerza, o el final es el texto que aparece allí como escritura, rasguño, testimonio de la infamia. Al procedimiento incluso podríamos calificarlo de *infamia literaria*, que en el fondo consiste en un pretexto preliterario para darle estatus escritural o ficcional a lo que “todos” piensan, a lo que “todos” sienten. Todos. ¿Los demás o los otros? Claro, la pregunta realmente analítica debe hacerse por el personaje o personajes de los que emerge dicho tema, dicho pensamiento, dicho sentimiento. Estos personajes, en tanto tales, nos revelarán la concesión de un escritor a la trivialización de su oficio y de su compromiso ético en aras del mito (¿o el gancho?) del hombre (la mujer) común, de lo que nos pasa a todos y no queremos confesarnos, de lo que “todos” se confiesan algún día, *al cabo del tiempo*, cuando en realidad ya no queda ni rastro del otro, y no nos interesa que quede. Héctor Abad Faciolince es autor de un hermoso libro memorístico titulado, en alusión a un verso de Borges, *El olvido que seremos*; allí podría constatarse la infamia, cierta clase de impotencia, pero nunca una desatención al otro que forma parte de nuestra vida afectiva, y que no es solo un objeto sino sujeto

de esa afectividad, *otra vida*, no menos compleja que la nuestra. Por eso nos *resentimos* de que sea la voz del resentimiento la que nos hable en estos cuentos, una voz sin mediaciones literarias y por ello sin mediaciones éticas; cuando en forma razonable podríamos estar participando —y de hecho participamos, en un relato como el de “Juventud, divino tesoro”— de la literatura más madura y decantada de su autor.

ÓSCAR TORRES DUQUE

Relatos justos y diestros

Nos queremos así

Cuentos

Emma Lucía Ardila Jaramillo

Fondo Editorial Universidad Eafit,
Medellín, Colección Letra x Letra,
2007, 81 págs.

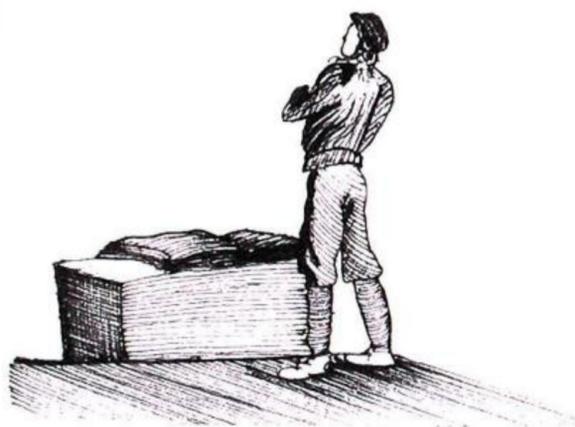
Es difícil lograr la sencillez y que ésta no parezca simple lisura o simpleza. Ni que denote exceso de pulcritud, torpeza o que sencillamente no se logre el tono deseado y el artesonado resalte la falta de maestría en tejer una historia corriente.



Emma Lucía Ardila presenta un libro con quince relatos breves. “Estos cuentos, como voces que dictan sus designios y que poco a poco se decantan para ser eco de la vida, hablan sobre amores, encuentros y desencuentros que los hombres tejen enredados en el vaivén cotidiano”

define la misma autora. Breves relatos en los que está presente el desencuentro, física o mentalmente, la incapacidad de llegar al fondo, la búsqueda adolorida, los temores. Narraciones a veces sorprendentes que halan al lector y lo hacen partícipe, relatos invasivos, pero susurrados, atmósferas terribles pintadas con colores claros:

Cuando el niño todavía era un bebé, lo llevaba a pasear en su cochecito para que recibiera el sol, todo el tiempo la gente se detenía a admirarlo, a decirme lo lindo que les parecía, yo aceptaba los cumplidos orgullosa; las cuñadas y mis hermanas me incitaban: 'Mandá una foto del niño a las revistas, seguro que de inmediato lo llaman [...]'. [pág. 34, Fetiche]



A pesar de los temores, la madre termina cediendo a la presión y permite que utilicen las fotografías de su hijo publicitando unos seguros en una gran valla. Tan fresca su carita, imposible no detenerse a mirarlo, no sonreír y sentirse orgullosa pero *de la vanidad no queda nada bueno*:

[...] la abuela se sintió muy molesta y me anunció que aquello no era nada bueno y que la vanidad traía malas consecuencias; la sentencia de la abuela me puso muy nerviosa, me llenó de presentimientos y temores [...] por eso empecé a vigilarlas; sentía que tenían un poder que no podía explicar, que de ellas emanaba una energía, que me hablaban [...] y rezaba para que no les fuera a pasar nada [...]

[...] Empecé a mirar al niño con ansiedad; si se demoraba en llegar del

colegio me llenaba de nervios, si se caía o se golpeaba, peor: traté de tranquilizarme, de poner las cosas en su lugar [...]

[pág. 35]

La zozobra sigue por un tiempo, la madre intranquila vigila las vallas, todos y cada día, revisa que no haya pasado nada. Un día, en un momento de descuido, algún vándalo le arroja una piedra y le hace un daño en la hermosa fotografía del niño sonriente y ella, aterrada, llama al colegio para preguntar por la salud del niño, ese ojo se veía tan mal. Pero no, el niño está bien, goza de buena salud. No obstante, la imagen ya no es tan sonrosada; ese agujero que dejó la piedra se ve tan mal, tiene que intensificar su vigilancia; el tiempo, la premura y el tráfico en su contra anuncian una fatalidad. Un día la llaman del colegio porque el niño ha sufrido un accidente y cuando ella lo recoge el niño tiene un ojo vendado, pero no es nada grave la tranquilizan. Qué casualidad, el mismo que dañaron en la fotografía del anuncio, pero es casualidad le reiteran, tiene que tranquilizarse. El tiempo de quitar las vallas es cada vez más cercano, ya están descoloridas y le parece que también su hijo en realidad se ve pálido; cada día ella está más angustiada, y su hijo y esa imagen más ligados. Al hacer su ronda cotidiana cree haberse equivocado de calle. ¿Dónde está? ¿A dónde han ido?

[...] pero como a las cinco aún no regresaba, llamé al colegio y me dijeron que había salido a la hora de siempre, entonces llamé a la encargada del transporte y me dijo que el niño no se había subido al bus [...] ¡lo busqué por todas partes! caminando, corriendo, gritando, no estaba por ninguna parte [...]

...ya no sé cuánto tiempo llevo esperando su regreso, debo caminar y caminar, recorrer de parte a parte la ciudad, debes revisar cada valla, —me dice la voz—

Yo sé que esa voz que oigo es la de mi hijo, yo la oigo [...]

[págs. 30 y 40]

No menos sobrecogedor es *La trampa*. Un hombre y una mujer acuden a una cita en una casa, él como cliente interesado en adquirirla, ella con zapatos rojos de moño y cartera chillona, con esperanzas de conseguir trabajo en la empresa de comunicaciones que anunciaba tan buena remuneración. Cuando se dan cuenta están prisioneros, ni idea de quién, ni porqué, no hay razón. Las ventanas tienen rejas, los carceleros dan vueltas con armas alrededor, vigilantes. No hay teléfono. ¿Y quién los rescataría? Con seguridad nadie, pues no hay móvil, no son personas importantes, nadie los busca, ninguno daría nada por ellos. Están prisioneros, aunque hay suficiente comida; cercados por el miedo intentan sobrevivir, hasta que terminan apoyándose mutuamente, organizan oficios, quehaceres, construyen tiempos y palabras, asumen la situación. ¿Y cuándo salgan, cuando los suelten, qué será de ellos? Cómo será su realidad? ¿Cómo será su vida y si seguirán juntos, será sobre qué? ¿Qué podrían hacer?



Nos quedamos asombrados. Pese a que habíamos soñado con aquello cada día, el primer momento fue de desconcierto y luego sentimos una inmensa alegría. Nos abrazamos y corrimos a vestirnos, a recoger lo poco que cada uno tenía allí [...]

Ya no podríamos vernos. Antes, aunque lo pensamos, no lo habíamos querido ni nombrar. Vivíamos al día, más bien sobrevivíamos, el uno apoyado en el otro, sin meditar en futuros. ¿Cuál futuro? Aquello que habíamos compartido no hacía parte de la vida real. Pero ahora cada uno debía tomar su rumbo [...]

[...] Él hizo el gesto de cedérmelo y esperó hasta que me subí, entonces cerró la puerta y se alejó. Por el vidrio trasero del carro vi que también a él lo recogía un taxi.

[págs. 53 y 54]

En *Ceniza*, una mujer siente que la ciudad está muerta; su alma se está convirtiendo en cenizas, y lo descubre cuando bajo un sol inclemente muerde una sabrosa fruta, la cual tiene que desechar por su horrible sabor y su centro podrido. Todos los habitantes y la ciudad, sus frutos, tienen el alma y su corazón cenicientos.



En *Tango* y en *El parque* aparecen el amor, el desamor, el desapego y la tristeza infinita en diferentes situaciones, pero para dejar el mismo sabor a ceniza y dolor.

Emma Lucía Ardila estudió Filosofía y Letras en la Universidad Pontificia Bolivariana y es magíster en Filosofía con énfasis en arte de la Universidad de Antioquia. Nació en Bucaramanga, pero vive desde pequeña en Medellín. Ha publicado dos novelas y cuentos infantiles y es profesora en la Universidad Eafit y el Colegio Columbus School.

Breves, justos, armados con destreza, entretenidos y desgarradores, algunos con un dejo de humor soterrado, acusan una autora consagrada y conocedora del terrible oficio de escribir. Ardila tiene un estilo propio que el lector debe descubrir sin dejarse contaminar por una estrecha reseña.

JIMENA MONTAÑA CUÉLLAR

Ni siquiera la muerte

Ni siquiera la lluvia

Alberto Duque López

Ediciones Gaviota, Bogotá, 2008,
119 págs.

Cuando uno recorre todo el camino no debe sorprenderse si de vez en cuando cae sobre su culo.

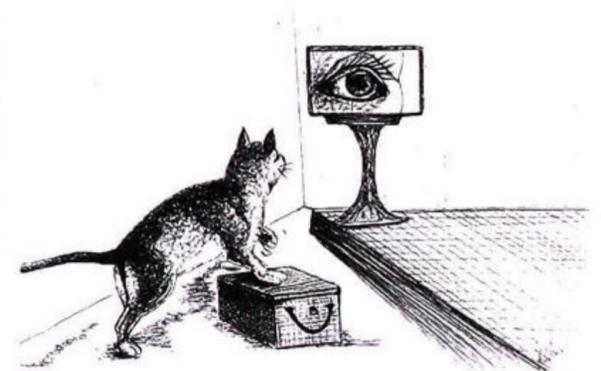
E. Hemingway

Amarilis se llama el personaje que monologa a lo largo de este relato, hecho para ser leído de un solo tirón. Ganador del Premio quinquenal a la creación literaria de Ediciones Gaviota en 2008, el relato mima, en efecto, la forma varia y libre del monólogo, según la herencia de Joyce. Particular característica de esta obra que quiere ser un homenaje al más bien sutil y austero Ernest Hemingway. Hablo desde luego del estilo, pues, la vida del escritor estadounidense se movió más bien entre “el furor y el ruido”, para usar una frase de quien fuera acaso su más connotado rival.

La mujer, una ex empleada doméstica del escritor, que llegara a la legendaria finca Vigía, en Cuba, cuando apenas tenía quince años, habla, ya vieja y enferma, desde la habitación de un hospital al fantasma del mismo y éste le responde o le pide aclaraciones sobre algunas cuestiones que ignora o ha olvidado. Pasan entonces, en el desorden de las memorias seniles de Amarilis, las experiencias más conocidas del autor: su sentido de heroicidad manifiesto en la cacería, la pesca, los gallos, los toros, en sus mujeres, en su obsesión guerrera, en sus fiestas con visos pantagruélicos. Pero también aparece su carácter depresivo, herencia de un padre “cobarde” y de una madre “perra” que lo vestía de niña en añoranza de la hija que nunca tuvo y que lo llevaría al suicidio en la madrugada del 2 de julio de 1961.

Acaso sea la búsqueda de una explicación para ese suicidio lo que justifica la memoria de la anciana y el ejercicio de Duque López, reconocido admirador del autor de *El*

viejo y el mar, quien ya había ensayado una aproximación al mundo del novelista en un cuento de 1995. ¿Cómo un escritor que lo tuvo todo termina quitándose la vida? No hay una respuesta clara en la realidad. Pero en la novela, posiblemente la clave se halle en la combinación de dos ingredientes fuertes, como un daiquirí o un mojito, bebidas de coctel de las que tanto gustara: de un lado su Alzheimer, sugerido en la reiterada expresión “No lo recuerdo” y, de otro, sus genes suicidas, que ya habían cobrado la muerte del padre y de un tío y que se prolongarían en un hijo y en Margaux, la nieta más afamada, también suicida el mismo día que él, 35 años después.



En el monólogo de Amarilis no es el novelista quien tiene una respuesta, sino ella:

¿Por qué me maté?

El único que lo sabe eres tú, Papá.

¿Tú, que estuviste tanto tiempo

[conmigo, qué crees?

Que ya no podías escribir,
que estabas perdiendo la vista,
que estabas muy enfermo de los

[riñones,

que tenías la piel llena de llagas por el sol de tantos años, porque ya no podías beber todo el whisky que querías, porque ya no podías comer toda la comida que querías, porque no podías cazar, porque te temblaban las manos, porque no podías pescar porque te lo habían prohibido, porque no podías leer,

porque ya no te interesaban las

[mujeres,

porque te preocupaban los

[impuestos,

porque no querías ser pobre,